

EL BOSQUE

La ancha senda, cuyos lados están adornados por olorosas plantas de fresas y flores diminutas, se interna muy adentro del bosque. Es un camino envejecido mucho tiempo atrás.

Al principio no era más que una leve senda que contorneaba el monte, esquivaba las torrenteras y jugaba al escondite entre los árboles apretados.

Los contrabandistas la hicieron. A fuerza de pasar noches y noches siempre por el mismo sitio.

Después vinieron unos leñadores a lo más frondoso del bosque para hacer carbón vegetal. Y aquella senda la convirtieron en todo lo ancha que ahora es. Pasó algún tiempo y los carboneros se fueron a otro monte. Los contrabandistas les habían precedido mucho antes.

Desde entonces esta senda apenas ha sido hollada por el hombre. Está abandonada. Ella duerme el silencio del lugar al calor de las hojas doradas caídas en muchas otoñadas. Así es mejor.

Es un extenso bosque de hayas, y muchas son enormes. Su corteza, blanquecina, tiene tonalidades verdes producidas por el musgo que se adhiere a ella. Y su tronco, recto y esbelto, sube hacia el cielo como si pretendiera exhibir su majestuosa contextura a los vientos que vienen de tan lejos, o a las montañas que, sin verdor, se pierden en el infinito.

Más adentro, sin embargo, hay otras hayas que, al no poder adquirir la verticalidad pretendida, se retuercen y enlazan unas con otras, ramas y troncos, creando las formas más grotescas, absurdas y fantásticas que cabe imaginarse. Da la sensación de que, tras enconada lucha entre sí, sus tentáculos deformes se hubieran paralizado de pronto; petrificados para siempre.

Los rayos del sol se filtran a través de la verde fronda del bosque. Entonces las hojas de los árboles y las anchas plantas de los helechos y el mullido musgo, recién lavados por el rocío de la mañana, adquieren una luminosidad extraordinaria. Cada resquicio por el que entra la luz, forma un maravilloso rincón pletórico de color y encanto...

Un poco más adelante hay un arroyo que atraviesa el camino del bosque. Viene de arriba, al par de unas rocas muy blancas, cubiertas en gran parte por un musgo semiamarillo.

Su cauce se estrecha al principio mucho. Tanto que parece un hilo de plata atravesando hojas de oro. Salta y salpica al caer desde una piedra un poco alta y entonces cambia la tonalidad de su incansable murmurar...

Más abajo se abren sus aguas y juntándose a otras se lanzan violentas, cual si pretendieran abandonar cuanto antes el bosque para discurrir plácidamente, allá en el valle.

Bosque de hayas. Troncos caídos, arrancados por el huracán o carbonizados por el rayo. Madera podrida que yace en un lugar del bosque abandonado. Ruido de ramas rotas que al pisar sobre ellas producen un chasquido seco, duro, como un latigazo. Nuestro espíritu se encoge un poco en este momento porque parece que el bosque despierta de pronto; o, mejor, es él quien nos despierta, quizá con demasiada brusquedad.

Agitar de hojas y ramas movidas al impulso del aire. Los recios troncos de los árboles gimen cual si fueran palos de un navío a la deriva. La niebla oculta las altas copas de las hayas. Todo se humedece. El bosque se convierte entonces en una enorme e inacabable gotera y el suelo en un resbaladizo lodazal. La senda termina. O, al menos, se pierde entre la espesura de la selva de hayados. Resulta desagradable el contacto con las ramas y troncos mojados por la lluvia cuando hay que agarrarse a ellos para no resbalar o para apartarlas cuando uno pasa.

Allá arriba queda el bosque de hayas. Más dormido que nunca. Y más triste. La niebla lo ha ocultado totalmente a nuestros ojos; celosamente; como si temiera que los hombres vuelvan a él para destruir, como en tantos otros, la plácida belleza que reúne en su interior.

EDUARDO MAULEON,

Del Club Deportivo Navarra.



Foto N. Ardanaz